

Dada, firmada por Nos, sellada y refrendada por Nuestro infrascrito Secretario de Cámara y Gobierno, en México, á los diez y seis dias del mes de Julio, consagrado al triunfo de la Santa Cruz y á la Santísima Virgen bajo el título del Monte Carmelo, en el año del Señor de mil ochocientos setenta y cuatro.

PELAGIO ANTONIO,
ARZOBISPO DE MEXICO.

POR MANDATO DE S. S. I

DR. TOMAS BARON,

Secretario.

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DOCTOR D. IGNACIO MATEO GUERRA Y ALVA.

Formada razón

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DOCTOR DON

IGNACIO MATEO GUERRA

Y ALVA,

DIGNISIMO PRIMER OBISPO

DE LA

IGLESIA DE ZACATECAS.

Artículo biográfico escrito para La Voz de México.

MÉXICO.—1871.

Imprenta á cargo de M. Roselló,

Escalerillas número 21.

EL ILUSTRISIMO SEÑOR
DR. D. IGNACIO MATEO GUERRA Y ALVA,

PRIMERO Y DIGNISIMO OBISPO DE ZACATECAS.

In memoria æterna evit justus. Ps. CXI, v. 7.
El justo vivirá eternamente en la memoria de
Dios y de los hombres. Amat.

Hoy hace un mes falleció en Zacatecas el primer obispo y fundador de aquella iglesia, Dr. D. Ignacio Mateo Guerra y Alva. Así lo anunciamos en nuestro número correspondiente al 10 de Junio, sin añadir por entónces una palabra mas, porque esperábamos, para hacerlo de una manera conveniente, recibir algunas noticias biográficas acerca del ilustre finado. Hemos recibido los apuntamientos que deseábamos, y con vista de ellos consagraremos de buena voluntad algunas de nuestras columnas á la memoria de un venerable pon-

6
tífico, bello ornamento de la iglesia mexicana; al recuerdo de un hombre que con sus virtudes privadas y públicas, honró siempre á la sociedad de su patria.

El Illmo. Sr. Guerra nació el 21 de Setiembre de 1804, en un rancho de la jurisdicción parroquial de la Villa de la Encarnación, perteneciente al obispado de Guadalajara, y en la comprensión civil de Lagos en el Estado de Jalisco. Fueron sus padres el Sr. D. Francisco Guerra, de familia decente y noble, pero mas estimable aún por su educación civil y moral, basada en principios eminentemente religiosos; y la Sra. D^a Gertrudis Alva, jóven de muy corta edad y rara hermosura, procedente de una familia pobre, pero decente, y verdadero modelo de la familia cristiana. Con solo esto se deja ya entender cuáles serian las primeras inspiraciones que obraron sobre el alma tierna del niño Ignacio: él, como el jóven Tobías, aprendió á temer á Dios desde sus primeros años: en él se trató de realizar la grande y sublime verdad que encierra aquella sentencia del libro sagrado: "Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre."

Cuando tenemos que lamentar en nuestros dias la muerte de un hombre benemérito por sus virtudes civiles y religiosas, volvemos con tristeza nuestros ojos á la cuna en que se mecieron sus

7
primeros sueños; porque comparamos con desconsuelo la educación moral que produjo á una generación cuyos últimos vástagos estamos mirando morir, con la que está formando á los actuales renuevos, no llamados ciertamente á vivir largos años, ni ménos á sembrar en sus brevísimos dias muchos recuerdos gloriosos. Muere hoy un anciano ilustre, y al recorrer su vida llena de virtudes y de buenas obras, pocos nos parecen los años que viviera para tantos honrosos recuerdos como ha dejado en pos de sí; y exclamamos con pesar amargo: "Pasó como un fugitivo haciendo el bien!" Por otra parte vemos á un jóven que muere en la primavera de sus dias, pero cuya azarosa vida, semejante á un meteoro siniestro, ha hecho sentir demasiado largos los momentos infaustos de su duración, y al mirar la conclusión temprana, tal vez desastrada, de una carrera de pecados y escándalos sacudiendo nuestra cabeza, y volviendo la vista á otro lado, y conmovidas las entrañas, apenas podemos repetir aquellas terribles palabras: "No habrá bien para el impío, ni serán prolongados los dias de su vida; ántes bien pasarán como sombra los que no temen la presencia del Señor.--Antes que llegue el término de sus dias morirá y se le secarán sus manos!" En el hombre bien formado, desde sus principios se mira realizada la fábula del fénix que se reproducía de sus propias cenizas.

zas: el hombre bien formado, cuando muere, deja en sus hijos ó en los imitadores de sus virtudes, una generacion nueva que perpetúa el nombre y los hechos honrosos de su ilustre progenitor; pero el hombre viciado desde sus primeros dias, en sus hijos y en los hijos de sus obras, no deja mas que lo que un cadáver puede dejar: podredumbre y gusanos, repugnantes engendrados de la corrupcion que le dió la muerte.

Tan luego como el niño Ignacio Mateo se encontró en edad de necesitar de otra direccion que la de un buen padre, ocupado asiduamente en los trabajos del campo, y de una madre cargada con todas las obligaciones que impone una familia cristiana, fué trasladado á Lagos, en cuya escuela recibió su educacion primaria, al lado y bajo los esmerosos cuidados de unas tias paternas que le prodigaron servicios y atenciones verdaderamente maternas. Estas señoras, obligadas muy especialmente por los comportamientos del niño, le profesaron siempre un amor entrañable, del que le dieron testimonios incesantes hasta una ancianidad muy avanzada.

Habiendo concluido su educacion primaria, le tomó á su cargo el presbítero D. Miguel Leandro Guerra, el mismo que le habia administrado el bautismo en la hacienda de Santa Bárbara, propiedad de la familia. Este señor, era un sacerdote respe-

table por su ejemplar conducta y por su acendrado patriotismo; que además contaba con un pingüe patrimonio. Con tales elementos tomó por su cuenta el sostén de su jóven ahijado en su carrera y educacion secundaria, expensando generosamente todos los gastos que fueron necesarios en ella hasta que recibiera el orden del presbiterado. Este comportamiento granjeó al bienhechor padrino los respetos, el amor y la gratitud de que el beneficiado hizo siempre honroso alarde, dándole el título de un segundo padre.

Comenzó el niño Guerra su carrera literaria en Guadalajara, donde estudió latinidad en el colegio de San Juan Bautista, y desde entónces dió á conocer las mas brillantes disposiciones para el estudio, secundadas por una aplicacion y un juicio poco comun en su edad. Concluidos sus cursos desempeñó un lucido exámen en la lengua de Ciceron, obteniendo por el una calificacion que tanto le honraba por sus primeros trabajos literarios, como le estimulaba para los que ulteriormente hubiera de emprender.

Para continuar su carrera y empezar los estudios filosóficos, se trasladó á México, y se matriculó en el colegio nacional de San Ildefonso. En este establecimiento, que ha dado tantos hombres ilustres, cursó filosofía bajo la direccien del memorable Dr. D. José María Mora, y sostuvo dos

actos públicos, exponiendo en ellos con extraordinario lucimiento, las materias leídas en los cursos respectivos. Sabida es la triste celebridad adquirida despues por el Dr. Mora: pero no obstante ella, y que era motivo de pesadumbre para el Sr. Guerra, jamas se le oía hablar de su infortunado maestro sino con el respeto y atenciones propias de un discípulo reconocido. Lamentaba los desaciertos del hombre, sin dejar de respetar y recordar con gratitud al sábio maestro de mejores dias.

Concluidos sus estudios preparatorios en México, se trasladó á Guadalajara; y en el Seminario Conciliar de dicha ciudad, en la clase de alumno interno, comenzó sus estudios de facultad mayor. Antes de abandonar la capital tuvo la satisfaccion de haber presenciado la entrada triunfal del ejército trigarante en 27 de Setiembre de 1821, y haber conocido al célebre libertador Iturbide. De este acontecimiento conservó siempre el I. S. Guerra un recuerdo muy grato, y hablaba de él con todo el entusiasmo patriótico, que hechos gloriosos y flagrantes entónces, pudieran excitar en un corazon jóven, puro y ardiente. Cuando en épocas posteriores hablaba de estos sucesos y hacia comparaciones con las ocurrencias del momento, los que le escuchaban no podian ménos que lamentar la desaparicion de aquel período de fé política y religiosa, de entusiasmo patriótico y de esperanzas pre-

ñadas de grandes ilusiones de un venturoso porvenir.

Despues de haber recibido el grado de bachiller en filosofía, comenzó á cursar en el Seminario Conciliar las cátedras de derecho canónico y civil. Aunque desde el principio de sus estudios habia manifestado las mas felices disposiciones así morales como intelectuales, estas tuvieron todavía mayor desarrollo durante sus cursos de Jurisprudencia; en los cuales sufrió los exámenes de reglamento, y obtuvo calificaciones distinguidas. Al fin de sus cursos sostuvo un acto público de los que entónces se distinguian con el nombre de *actos mayores*; y expuso en él copiosas materias de uno y otro derecho, sufriendo las pruebas que eran de costumbre, para demostrar que, no solo habian sido encomendados á la memoria los libros de texto, sino que la inteligencia del alumno habia penetrado al fondo de las materias que exponía. En aquellos tiempos de oscurantismo y retroceso, en aquellos Seminarios Conciliares contra los que hoy tanto se declama, se acostumbraba distraer sobre pocas materias la atencion de los alumnos; pero en compensacion, se les obligaba á estudiar de tal modo esas materias, que se pudiera decir que poseían la ciencia, que habian descendido á las profundidades de ella: no habia instruccion enciclopédica; pero habia estudio concienzudo de algun ramo del saber:

no habia mucha superficie; pero lo que de esta faltaba era compensado con solidez. Concluidos los cursos de Jurisprudencia teórica, el jóven Guerra fué encargado de presidir varias funciones literarias, así de su facultad como de filosofía; y de dar academia de latinidad; funciones á que no podian aspirar sino aquellos alumnos que se hubieran distinguido por su talento, por su buen juicio y por su instruccion.

Ya en esta época, el jóven seminarista habia, hasta cierto punto, fijado su honroso porvenir, bastante preludiado por las bellas dotes que le distinguian entre todos sus compañeros: una aplicacion asídua, un juicio superior á su temprana edad, una docilidad y obediencia ejemplar y un respeto digno á sus maestros y superiores, eran antecedentes bastantes para entrever la suerte que estaba reservada en la vida pública, al que tan recomendable se hacia en el círculo privado y doméstico de un colegio. Pero á mas de esas bellas cualidades que determinaban el modo de ser del seminarista, en sus relaciones con la sociedad en que vivia, solia tambien manifestar otras que eran, por decirlo así, el tesoro íntimo del individuo; ese tesoro que pocos estiman y que nadie conoce ménos que el mismo que lo guarda. En su modesta y tranquila condicion no carecia de ocasiones para demostrar unos sentimientos pronunciadamente no-

bles y generosos á la par que profundamente delicados: una alma ardiente, una imaginacion rica, viva y exaltada, acaso le hacia descontentadizo del círculo vulgar que le rodeara, y esto le hacia amar el retiro, la abstraccion, el aislamiento. Hay ciertos caractéres templados con tal delicadeza, que cuando comprenden estar condenados á chocar á cada paso con bruscas contradicciones en la sociedad en que viven, prefieren, para eludir las ocasiones de colision, apelar á la fuga de la sociedad, como el recurso único para conquistar y asegurarse un bienestar negativo, si tal se quiere llamar. Estos caractéres bajo la impresion de una gracia divina especial, bajo la impulsión de una vocacion clara y terminante, produce á los Antonios, á los Pablos, á los Benitos: bajo la presion del orgullo del espíritu y de la soberbia del corazon, produce á los Misántropos de Ginebra; y al favor de la corriente ordinaria de las cosas humanas, sobrellevada con cristiana filosofia, produce muchos hombres que, en medio de una condicion modesta y sin ruido alguno, sufren mucho sin hacer sufrir á nadie; carecen de todo goce y no escatiman el bien á sus semejantes: ocultan con su izquierda las lágrimas de sus ojos, y alargan á la espalda su derecha encubriendo el bien que reparten.

Entre estos últimos figuró desde muy temprano el jóven Guerra; y uno de sus padecimientos lar-

gos, fué esa enfermedad que acomete no raras veces á las almas rectas y delicadas hasta la nimiedad: esa enfermedad, que hace con frecuencia que los corazones mas puros y sencillos se sientan mas apartados de la pureza y sencillez á que aspiran; por cuanto se refieren sin cesar al tipo de la santidad inimitable. Esa enfermedad que demandó los consuelos mas exquisitos del dulcísimo Francisco de Sales, los cuidados mas asíduos del caritativo Alfonso Ligorí; esa misma trabajó por algunos años al espíritu recto y sensible corazón del que, andando los años, habia de ser el consolador de muchas almas afligidas. La suya, cuando lo fué, acertó á guarecerse de la tempestad bajo la proteccion que le prestara la direccion sábia de un santo sacerdote, y este supo conjurar la siniestra nube. El Dr. D. Juan María Vélez, que despues fué canónigo del Cabildo de Guadalajara, tomó bajo su direccion el espíritu de nuestro seminarista y allanó las sendas que debiera recorrer, desembarazándolas de obstáculos que, no tanto existian en la senda misma, cuanto en el pié vacilante que debia pisarla. El Sr. Vélez, de buena memoria, era uu sacerdote de costumbres angelicales, de una inocencia de niño, de un saber de doctor, de una humildad superior á todo encomio: era uno de esos sacerdotes que no enseñan la virtud, sino que la inspiran; que no dan reglas para

aprender el bien, sino que comunican el mismo bien en que rebosan.

En Octubre de 1827, siendo todavía secular el Sr. Guerra, fué nombrado catedrático de latinidad en el Seminario Conciliar de Guadalajara por el I. Sr. D. Miguel Gordoá que era entónces gobernador de aquella mitra, y despues obispo de la diócesis. El Sr. Gordoá conocia perfectamente al jóven Guerra, puesto que habia sido rector del Seminario, y con tal carácter fué testigo de su formacion: acaso presintió el porvenir á que estaba llamado el modesto pasante de jurisprudencia á quien iniciaba en la honrosa carrera del profesorado. El Sr. Gordoá contaba entre muchas otras relevantes cualidades, el don de conocer á los hombres y el de saber gobernarles: debido á estas preciosas dotes, fué que en lo general, el clero formado bajo su direccion, ó encarrilado en la vida pública por su eleccion, honró siempre á la Iglesia de Guadalajara, y supo luchar gloriosamente contra desechas tempestades. La muerte demasiado prematura de tan ilustre prelado, impidió que hiciera en su iglesia todo el bien de que fuera capaz; pero á la generacion sagrada que supo formar, legó sus tesoros de sabiduría, que muchos, á vuelta de los años, supieron explotar dignamente; entre ellos figura la respetable persona de cuya vida nos ocupamos.

Servía el Sr. Guerra la primera cátedra de gramática latina cuando, por sede vacante de la iglesia de Guadalajara, tuvo que pasar á Puebla con objeto de recibir allí desde la primera tonsura clerical hasta el órden del presbiterado: recibió este el 27 de Diciembre de 1827. Despues de cuatro años de enseñar latinidad, abrió un curso de artes que leyó hasta Julio de 1833, y en el año siguiente enseñó filosofía moral y religion. Durante los tres años de su enseñanza de filosofía, presidió veintitres actos públicos, en los que tuvo el gusto de dar á la sociedad un testimonio de sus trabajos, y una prueba de su celo en la direccion de la juventud, demostrados por el brillante desempeño de sus discípulos, en las funciones literarias que les fueron encomendadas. Al cerrar el curso y despedirse de la numerosa juventud cuyos primeros estudios habia presidido, pudo tener la satisfaccion de dejar sembrados en el corazon de todos y cada uno de sus discípulos verdaderos afectos de amistad, recuerdos de gratitud imperecedera, y semillas de virtudes que mas tarde habrian de germinar y fructificar.

En fines de Octubre de 1834 fué nombrado catedrático de derecho civil romano y patrio, en el mismo Seminario; y continuó en este magisterio hasta 1839. Durante él presidió diez y seis funciones públicas de derecho canónico y civil, y reci-

bieron sus sábias lecciones muchos jóvenes, entre los cuales se cuentan algunos que despues han figurado con honor en la iglesia, en el foro, y en el órden político. En ese mismo período desempeñó por mas de dos años el cargo de defensor de matrimonios y de obras pías, y por algun tiempo la promotoría fiscal del obispado. La gravedad é importancia social de las funciones de estos dos oficios, revela el alto concepto en que era tenido el jóven sacerdote, á quien fueron confiadas, en una época en que los negocios y sus agentes eran considerados en toda la altura moral que les corresponde.

En 1835 cuando despues de los sucesos de los campos de Guadalupe en Zacatecas, el general D. Antonio López de Santa-Anna visitó la capital de Jalisco, la Universidad de Guadalajara quiso obsequiarle dedicándole las funciones literarias de un laureando en alguna de las facultades de sus asignaturas. Designó para ello al presbítero D. Ignacio Mateo Guerra, quien desempeñó su cometido conforme á los estatutos universitarios, en la facultad de derecho canónico, de una manera muy satisfactoria para el claustro, y obtuvo la borla de doctor en términos muy honrosos. Por muchos años se conservó un recuerdo interesante de las funciones literarias desempeñadas en esa vez por el Sr. Guerra; y muy especialmente, de un trabajo